

---

---

# ***¿ENTIERRO PREMATURO? REFLEXIONES SOBRE LA “LA NUEVA POLÍTICA” Y LAS VIEJAS DIVISIONES EN ALEMANIA Y ESTADOS UNIDOS***

*José Luis León\**

## **I. Introducción**

La mayoría de los estudios de participación política recientes en sociedades industriales comparten la hipótesis de que estamos presenciando un debilitamiento del crecimiento económico y de la seguridad fisiológica como metas dominantes de las sociedades. Dicha prioridad en los valores sociales estaría siendo reemplazada cada vez más por la preocupación acerca de la calidad de vida, y por la expresión y realización personales. Este fenómeno se conceptualiza como un cambio del Materialismo al Posmaterialismo (Inglehart, 1990).

Algunos autores argumentan que esta tendencia tiene consecuencias claras en el reino de la política. Tanto la volatilidad como la descomposición de los viejos sistemas políticos estarían conduciendo o a una pérdida de alineamiento o a un realineamiento. Mientras el primer concepto significa un deterioro de la lealtad y la identificación partidistas, el último está relacionado con el cambio importante que está experimentando la

\*Traducción de Gabriela De la Peña Romero.

composición misma de los partidos (Dalton, Beck and Flanagan, 1984: 14-15).

Al menos a primera vista, ambas suposiciones –el surgimiento silencioso del posmaterialismo y la metamorfosis de los sistemas políticos– parecen bastante convincentes, especialmente debido al apoyo impresionante de datos que emplean. Las encuestas *Eurobarometer* a través del tiempo y en diversos países, por ejemplo, revelan un trabajo estadístico imposible de ignorar. Lo mismo pueden afirmarse acerca de los métodos de recopilación de datos que estos autores utilizan.

Además, las ideas básicas de este cuerpo teórico parecerían validadas por la caída, en 1993, de dos de los más viejos sistemas partidistas hegemónicos en los países desarrollados: los demócrata-cristianos en Italia y el Partido Democrático Liberal en Japón. Los “cambios incrementales” y el surgimiento de la “Nueva Política” prevista por Dalton y sus asociados (1984:459), así como las transformaciones sociales y demográficas exploradas por Flanagan y otros investigadores (1991) en Japón, pueden ser responsables de estos desarrollos.

Sin embargo, por fuerte que parezca, este Aquiles metodológico tiene su talón. Tal vez el defecto principal del enfoque procede de su explicación insuficiente de la amplia brecha entre una cultura posmaterialista floreciente y una lenta incorporación de sus preocupaciones principales a la arena política –particularmente en los sistemas políticos. Aun si estuviéramos de acuerdo en que estamos observando pérdidas de alineamientos o realineamientos, parece que las cuestiones posmaterialistas encuentran serias dificultades para tomar su lugar bajo las instituciones y partidos políticos en los países industriales avanzados. Resulta claro que mientras el cambio del posmaterialismo societal corre por la vía rápida, los cambios concomitantes en las instituciones políticas transitan por la vía lenta.

El presente artículo está dirigido a investigar las causas de dichas trayectorias diacrónicas. Al estudiar las continuidades y los cambios experimentados durante los últimos quince años más o menos por un sistema bipartidista (Estados Unidos) y un sistema tripartidista tradicional (Alemania):

1. Investiga en qué medida la naturaleza misma de la Nueva Política y

sus organizaciones justifican la separación entre los valores sociales cambiantes y su expresión política rezagada.

2. Discute la rigidez de los dos sistemas políticos, el americano y el alemán, como un factor institucional que obstruye la incorporación completa de las cuestiones y de los actores de la Nueva Política dentro de la arena política formal.

3. Sugiere que la persistencia de viejas divisiones explica, al menos parcialmente, la brecha.

## II. La nueva política: ¿de los pantalones de mezclilla a los trajes?

La primer explicación de los efectos limitados de la Nueva Política sobre los sistemas políticos de los países industrializados radica en su indiosincrasia misma. El sello de la Nueva Política es el concepto de democracia directa donde a las bases, ciudadanos ordinarios, se les concede voz en asuntos que afectan su vida cotidiana. Las políticas y sus estrategias de ejecución se inician desde abajo, no se imponen desde arriba por burocracias gubernamentales o partidistas.

Por lo tanto, formas de participación no convencionales involucran frecuentemente un rechazo explícito del poder político y del aparato estatal. Una característica común de *Les Amies de la Terre* en Francia, los *Burgerinitiativen* en Alemania y de la mayoría de las organizaciones de bases en el resto de los países europeos y en Estados Unidos es su desconfianza profunda hacia el *establishment*.

Sin embargo, la reserva hacia formas de participación tradicionales empieza a detenerse siempre que estos movimientos crecen y tienen que negociar con otras fuerzas políticas o sociales. En otras palabras, a los movimientos de la Nueva Política los tienta la idea de transformarse en partidos políticos. Con frecuencia surge una división profunda: para algunos miembros del movimiento, unirse a la arena política como un partido político estructurado significa una oportunidad para tener una influencia más directa en el manejo de la agenda socio-política; para otros, la cerca-

nía a las instituciones convencionales supone el riesgo de perder fuerza, creatividad y, muy importante, credibilidad.

Así, los miembros de organizaciones de la Nueva Política enfrentan un dilema crucial: ¿deben seguir usando camisetas y pantalones de mezclilla o deben comprar trajes y corbatas para unirse al Parlamento?

La respuesta a esta pregunta es ambigua todavía. La finada Petra Kelly, una de las dirigentes más sobresalientes de los ecologistas alemanes, solía decir que los ecologistas eran un "partido anti-partido". Aunque brillante, esa frase pegajosa no ha sido suficiente para evitar una tensión permanente entre los llamados *Realos*, el ala pragmática del partido que propone una mayor participación en el sistema político, y los *Fundis* estrictos, que prefieren la participación no convencional (Markovits y Gorski, 1993: 225-231). La dinámica anterior tiende a producir una paralización. Mientras la mayor parte de las energías de los miembros sea canalizada hacia la confrontación dentro del partido y dentro del movimiento, su influencia sobre el sistema político disminuye.

Otra característica que puede explicar el peso insuficiente de la Nueva Política en los sistemas políticos es la fragmentación. A diferencia de los partidos de la Vieja Política que estaban formados siguiendo líneas ideológicas o de clase, las organizaciones de la Nueva Política no comparten un perfil común y no persiguen necesariamente intereses similares. Así la Nueva Política es una etiqueta usada para designar grupos activistas, anti-nucleares, mujeres, homosexuales, paracaidistas y ecologistas que pueden tener intereses tácticos comunes pero que no comparten necesariamente objetivos estratégicos comunes.

Al tratar de explicar lo que considera una movilización masiva del Posmaterialismo en descenso, Ronald Inglehart (1984:318) señala que el fin de la Guerra de Indochina y sus razones de protesta concomitantes justifican tal fenómeno. A mi juicio, la perspectiva de Inglehart en esto es de algún modo engañosa: los posmaterialistas se movilizan, pero lo hacen sobre una base limitada de punto por punto. Por lo tanto, aunque puede traer ciertos cambios a nivel local o grupal, la micro-movilización se diluye en el océano social y no toca generalmente el mundo de los sistemas políticos. No es lo mismo tener una manifestación de medio millón en

---

apoyo al candidato social-demócrata (Vieja Política) que 500 reuniones diferentes con asistencias promedio de mil personas en busca de mejores políticas de reciclaje, aumentos en los subsidios para la atención a la niñez o la adquisición de equipo nuevo para el hospital local (Nueva Política).

Mi punto es que la participación poco convencional conduce difícilmente a un cambio importante en los sistemas políticos debido principalmente a que los actores de la Nueva Política no se interesan en sumarse a la política e instituciones formales. A pesar de este factor, es importante observar que aun en los casos en que las organizaciones de la Nueva Política tratan deliberadamente de ganar peso dentro de las instituciones estatales, no resulta una tarea fácil. Esto nos lleva al siguiente punto de nuestro argumento.

### **III. Rigideces institucionales y la Nueva Política**

Según Dalton (1984) y Carmines y Johnson (1984), tanto Alemania como Estados Unidos estarían experimentando un realineamiento político. De hecho, existe un amplio orden de fenómenos que conforman la idea de que algo está cambiando en la política de esos países. Mencionaremos dos de ellos.

En primer lugar, las tasas de concurrencia descendentes demuestran que, hablando en términos generales, apenas el 50 por ciento del electorado de Estados Unidos vota. Expresiones del realineamiento político en Estados Unidos son la participación ocasional de los demócratas sureños como un tercer partido, el voto personal dividido, y más recientemente, el surgimiento de Ross Perot, quien sin tener un aparato político propio obtuvo casi una quinta parte de los votos en las elecciones de 1992. En Alemania, aunque la concurrencia es alta todavía (84 por ciento), se ha ido contrayendo en relación con 1980, cuando llegó a 90 por ciento; al mismo tiempo, el Partido Verde apareció en escena a principios de 1980, alterando con ello el sistema tripartidista tradicional alemán.

En segundo lugar, los partidos políticos tradicionales han ido perdiendo su nitidez ideológica para atraer nuevos electores o seguidores de otros

partidos. Esto significa, por una parte, una batalla para ganar el centro de la arena política y, por otra, un pragmatismo creciente que conduce a ambigüedades e indefiniciones programáticas. Entre más grupos desee incluir el partido, menos precisa se vuelve su plataforma política.

Así, en Alemania el Partido Social Demócrata (PSD) empezó a moderar su discurso desde el Programa Bad Godesberg (1959) y la Gran Coalición con los demócrata-cristianos (1966-1969), y se ha ido convirtiendo en un partido de amplio espectro desde entonces –aunque la mayoría de sus miembros son todavía trabajadores y miembros de sindicatos (Dalton, 1984:106-107). En Estados Unidos, el Partido Demócrata ha sido la víctima principal (¿o el ganador?) en el proceso de realineamiento. Miguel Lind (1992:78) describe al partido como “una coalición incoherente de proto-partidos más pequeños, cabildeos, grupos de interés y máquinas que se reúnen sólo por la lógica del ganador toma todo de nuestro sistema electoral”. El mismo autor observa: “el gobierno estadounidense está dividido en dos partidos. La gente americana no lo está” (p. 77). ¿Entonces por qué la diversidad innegable dentro de la sociedad americana no ha llevado a la desintegración del sistema bipartidista y a la proliferación de nuevos partidos? Y en el caso alemán, ¿por qué tal diversificación sólo ha abierto el espacio para el inestable Partido Verde (y recientemente para los comunistas de la ex-Alemania Oriental)?

Pensamos que los arreglos políticos existentes, así como las rigideces institucionales, pueden ser las mejores explicaciones de esto. Más de 200 años de historia bipartidista en Estados Unidos representan ciertamente una inercia difícil de romper. En el caso alemán las rigideces institucionales no surgen tanto de la historia como del tope del 5 por ciento –uno de los más altos en Europa Occidental– que los nuevos partidos deben superar para entrar al Bundestag. Por lo tanto, las organizaciones de la Nueva Política no penetran ni cambian fácilmente las instituciones de la Vieja Política –especialmente los sistemas políticos. Como Inglehart (1990:289) afirma: “las instituciones políticas, las organizaciones de partidos políticos y las lealtades partidistas tradicionales tienden a inhibir el cambio en el comportamiento electoral”. Queda por investigar en qué medida tales estructuras facilitan lo que Bachrach y Baratz llaman “movilización del prejuicio” por las fuerzas

establecidas con el fin de impedir la entrada de nuevos actores en la arena política.

#### **IV. ¿Están a punto de morir las viejas divisiones?**

Aunque reconoce que las viejas divisiones de la sociedad industrial persisten todavía, Inglehart señala que cambios graduales están reorganizando la política de las sociedades industriales avanzadas. Según él, la polarización posindustrial entre materialistas y posmaterialistas está tomando el lugar, paso a paso, del eje industrial izquierda-derecha basado en la clase y en la religión (Inglehart, 1990:333). El autor prevé que, en el largo plazo, el eje materialista-posmaterialista dominará la política en los países industriales; en efecto, asegura que “en la década de los sesenta y setenta las fuerzas posmaterialistas se apropiaron de los programas de la izquierda de Europa Occidental y de los liberales americanos”. Así, en la polarización entre Materialismo y Posmaterialismo, éste sería el ganador a largo plazo.

¿Es posible que esta sustitución de la vieja división izquierda-derecha y la victoria del Posmaterialismo dentro del nuevo eje político sea tan evidente? Nuestra hipótesis es que las condiciones actuales de desempleo, incertidumbre social y desaceleración económica en el mundo industrial<sup>1</sup> podrían conducir, al menos en teoría, a:

1. Un reforzamiento del ethos materialista
2. El mantenimiento de la división izquierda-derecha en la participación política.

Sobre el primer punto, analizaré la experiencia de las campañas políti-

---

<sup>1</sup> Después de un incremento promedio de más de 4 por ciento anual entre 1963 y 1973, el PIB en los países de la OCDE ha permanecido estancado en 2.5 por ciento de 1973 a 1989.

cas recientes en los países estudiados. A pesar de los intentos desesperados republicanos de atraer la atención pública hacia cuestiones posmaterialistas (por ejemplo, los “valores familiares”) durante la carrera presidencial de Estados Unidos en 1992, los puntos más sobresalientes fueron el doble déficit, los impuestos, la atención médica y la capacitación de la fuerza de trabajo, con los republicanos proponiendo una menor intervención estatal y los demócratas asignando al Estado un papel más importante. Uno de los lemas favoritos de los demócratas era “es la economía, tonto” (Butler, 1993:185). Por tanto, si la división derecha-izquierda se define como la oposición o el apoyo de la intervención del Estado en la economía (Inglehart, 1990:8), los asuntos electorales en Estados Unidos están todavía alineados abrumadoramente por este eje, aunque algunas cuestiones posmaterialistas como el aborto también tienen cabida en las campañas.

En Alemania, las cuestiones posmaterialistas han ido perdiendo impulso recientemente, al menos en términos electorales. En 1990, las primeras elecciones después de la reunificación enfatizaron dos puntos: las perspectivas de la Alemania unida (una cuestión de seguridad) y la preocupación acerca del desempleo (una preocupación económica). Mientras los demócrata-cristianos, los social-demócratas y los liberales conservaron las posiciones principales en el Bundestag, la organización posmaterialista por excelencia –Partido Verde– perdió el derecho de participar en él. De hecho, si la evolución electoral de los ecologistas es suficientemente representativa del peso de las fuerzas posmaterialistas en la sociedad alemana, los prospectos del Posmaterialismo no son alentadores. En 1980, los ecologistas obtuvieron el 5.6 por ciento de los votos, cantidad que significó 27 asientos en un Bundestag compuesto por 496 miembros; en 1987 obtuvieron 8.3 por ciento de los sufragios y 48 asientos parlamentarios; en 1990 obtuvieron menos del tope de 5 por ciento para participar en el Bundestag. De no ser por los ecologistas embrionarios de la ex-Alemania Oriental que obtuvieron 8 asientos parlamentarios, no habría ecologistas en la legislatura actual (Coleman y Colman, 1993:40-43). Así, aunque Alemania tiene diversas fuerzas sociales interesadas en cuestiones posmaterialistas y un partido político guiado casi exclusivamente por dichas preocupaciones, no parece claro que el Posmaterialismo esté ven-

ciendo al Materialismo ni que la Nueva Política esté desafiando a la Vieja Política. Surgen más dudas de los pronósticos de la economía alemana; aun cuando continuara creciendo en los próximos años, la mayor parte del enorme superávit de la balanza comercial será invertida en Alemania Oriental. Si la hipótesis sobre la escasez y socialización de Inglehart son ciertas, un estancamiento económico continuo influenciaría el proceso de socialización de generaciones futuras y después facilitaría el regreso de los valores materialistas.

En suma, el análisis de las experiencias electorales recientes tanto en Estados Unidos como en Alemania nos lleva a tomar con cautela una explicación posmaterialista que no considera al crecimiento económico como una explicación para el comportamiento político. Además, uno se siente tentado a preguntar si el eje izquierda-derecha sobrevivirá como la división principal en la política americana y alemana.

## **Conclusión**

La influencia limitada de la llamada Nueva Política en los sistemas políticos formales de los países industriales se explica por la naturaleza misma de sus organizaciones, las rigideces institucionales y las inercias históricas de los arreglos políticos establecidos, y la permanencia de viejas divisiones políticas.

El análisis de los efectos de la Nueva Política en los sistemas políticos en Alemania y en Estados Unidos no muestra una tendencia abrumadora de la "posmaterialización" de la participación política. Mientras que sería inútil negar la existencia de valores posmaterialistas y de la Nueva Política como una nueva forma de participación, esto no quiere decir que los países industrializados entrarán automáticamente al reino de la Nueva Política. Esta no parece haber llenado el vacío dejado por la lenta retirada de la Vieja Política.

Los próximos años serán cruciales para probar la influencia de las ideas posmaterialistas sobre los sistemas políticos. No podemos rechazar este cuerpo teórico basado en experiencias coyunturales de los dos países;

por ejemplo, en las elecciones locales recientes los ecologistas alemanes se han ido recuperando de su derrota en 1990.

Sin embargo, y al menos en el corto plazo, la política en los países industrializados parece dominada todavía por las divisiones de la Vieja Política. El resultado final es que es difícil predecir la nueva composición de los alineamientos.

### Bibliografía

- Butler, David, "The U.S. elections of 1992", *Electoral Studies*, 12:2.
- Coleman Jr., William & Coleman Sr. William, *A Rhetoric for the People. The German Greens and the New Politics*, Westport, Conn., Praeger, 1993.
- Dalton, Russell, "The West German Party Systems between Two Ages", en Dalton, Russell; Beck, Paul Allen and Flanagan, Scott, *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1984.
- Dalton, R.; Beck, P.A. and Flanagan, S., "Electoral Change in Advanced Industrial Societies", *ibidem*.
- "Political Forces and Partisan Change", en *ibidem*.
- Flanagan, Scott *et al.*, *The Japanese Voter*, New Heaven, Yale University Press, 1991.
- Inglehart, Ronald, *Culture Shift in Advanced Industrial Society*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1990.
- Kaas, Max, "Electoral Politics in the New Germany: Public Opinion and the Bundestag Election of December 2, 1990", en C. Anderson, K. Kaltenhaler and W. Luthardt, *The Domestic Politics of German Reunification*, Boulder and London, Lynne Rienner, 1993.
- Lind, Michel, "A Radical Plan to Change American Politics", *The Atlantic* 270:2, August, 1992.
- Markovits, Andrei S. & Gorski, Philip S., *The German Left. Red, Green and Beyond*, New York, Oxford University Press, 1993.